

sobres. También necesita decidir si le alcanzan las fuerzas para aceptar la invitación a Barcelona. Enciende otro Delicado. Mientras lo fuma recuerda la vez que, en su última visita, tropezó de regreso al hotel en plenas Ramblas. Iba solo y nadie lo ayudó. Hicieron como si no hubieran visto para no humillarlo, pero eso terminó humillándolo aún más. A veces es difícil mantener el equilibrio, no dejar que el cuerpo se caiga. Porque el cuerpo siempre quiere caerse, se dice en su poltrona mientras apaga el cigarrillo y le da un último sorbo a la Coca Cola.

En ese momento regresa el zumbido. Vuelve a la cocina, mira de frente al enemigo y le da un sacudón. No basta para hacerlo callar. Intenta de nuevo, con más fuerza. El zumbido no cesa. Barcelona por una semana no estaría mal, se dice en su escritorio, donde se encierra para alejar el ruido. Tendría que disfrazarse y jugar durante un par de días, eso es todo. Luego podría pasear por la ciudad, perderse por dentro y por fuera, empezar a despedirse como si estuviera sucediendo lo que está sucediendo. Desde su escritorio ve algo más de cielo. Es cielo de invierno, estropeado, sucio. “De qué sirve ser tan buenos describiendo nuestra prisión”, sigue preguntando la mujer sin brazos, allá lejos. Podría dejar anotado el sueño pero para qué. Saca la pila de cartas y las abre y revisa por encima. En una escriben mal su nombre. Señor Ruffo, le dicen, y esa ligera variación le provoca una felicidad repentina, inusual. Sienta bien el desorden, ser otro un rato. Sonríe un poquito y hace a un lado la carta. Luego coge un papel y un bolígrafo y se pone a responder.



El gallero FERNANDA MELCHOR

Ese animal, mi güero, el colorado medio cenizo, así como lo ve de sarasa y pachiche ganó doce peleas al hilo en las tapadas de la fiesta de la Virgen, hará cosa de cinco años. Así rabón y todo, como usted dice, aunque se ría: cuando peleaba con navaja de cuarto o a las puras patadas, gallo que no mataba lo sacaba rajado, y en la primera topada. Era bien bravo, el condenado animal; estaba como retacado de puro coraje, igual que el patrón. Los dos hacían muina y hasta los ojos se les ponían colorados cuando yo ponía al animal sobre la raya y el gritón lo cantaba como La Colorada y la gente pataleaba de risa. Pero por más que el patrón se empeñó no pudo hacer nada por quitarle

aquel mote, mi güero. Hasta parecía que aquello se lo gritaban a él y no al animal, así de encorajinado se ponía. Y eso que al principio no lo quería. Ni porque era de lo más fino que tenía en la gallera. Todavía se le nota en la traza, ire, aunque ya por la edad está medio derrengado. Nomás véalo. Lo cenizo lo sacó de su madre: pura sangre española de Lebrija. Era una gallinita deste tamaño pero bien atrabiliaria, bien corajuda. El padre tenía sangre oriental, asegún. El Rey David se llamaba. Era un animal espigado y cogotudo, de caña gruesa y ojos jalados patrás. El patrón lo trajo de un viaje que hizo a Manzanillo y después de toparlo decidió que lo quería pa criar. De la primera cruce de esos dos salieron nomás tres gallos, pero los tres de buena ley, que yo recuerde. El patrón siempre despreció al colorado, porque salió gallino, aunque yo le decía que no le hacía, que no importaba, que los gallinos son igual de machos que los gallos reales, y a veces hasta más bravos a pesar de su apariencia afeiminada. Mírele la boca, le decía yo al patrón, cuando venía a la gallera a ver a los animales; mírele la talla, las patotas; el otro día le puse una mona enfrente y se le echó encima con las patas por delante y la rajó toda, le dije. Pero no hubo manera de convencerlo. No lo quería ni pa pie de cría, pues, que porque decía que los gallinos son todos unos tramposos, que el que no sale juido nomás gana porque el rival lo confunde con una gallina y eso le da la ventaja. No me quiso creer que el animal era noble y aguerrido, pa nada juido, y cuando llegó la función de la Virgen quiso que nomás topáramos a los hermanos. Su predilecto era El Catrín, un gallo negro, de fina estampa y andar altivo y desafiante. No era tan alto como La Colorada, más bien ancho de hombros pero muy efectivo, poderoso, de juego rápido y cortante. El Catrín le duró al patrón sus buenas cinco peleas en las tapadas, antes de que se lo reventara un giro copetón de los Hurtado. Entonces yo volví a decirle al patrón que La Colorada estaba más que puesto pal compromiso, que nomás era cosa que él diera su viada, pero él estaba necio con que no y que no, que porque no quería que los Hurtado ni los Valera ni las demás gentes presentes se rieran de él pensando que era una polla lo que estaba echando al ruedo, igual que usted se rió cuando lo vio, mi güero, así que me dijo que amarrara al otro, al hermano, un dorado igual también medio cenizo, al que todo el mundo le decía El Chiripa, porque nomás así ganó el condenado animal ese. Era cortador, eso que ni qué, pero no tan efectivo como El Catrín, más bien medio tarugo, y su tipo de pelea era feo, deslucido. La primera vez que lo soltamos nomás vimos cómo el otro gallo se le aventó encima y el dorado quién sabe cómo dio una media maroma y le enterró el espolón en la nuca, y

la gente enseguida dijo: “lo mató de chiripa”, y así se le quedó el mote hasta que dos topadas después lo mataron. Sólo entonces, y nomás porque el patrón ya estaba bien borracho y encorajinado, me dejó soltar a La Colorada, mi güero. Tres veces seguidas ganó ese animal esa noche en el palenque, y cuatro y cinco veces más en los días siguientes. Era una cosa de no creerse, verdá de Dios. El patrón andaba como loco con tanto dinero y tanta fama que cogió. Con cuarto de redonda y media de filo, con pico y espuela y a las puras patadas, lo que le pusiera: este canijo nomás daba pata por vida, y gallo que no mataba lo sacaba rajado, mi güero; les reventaba la vena en cosa de segundos. Y no porque jugara con ventaja por su apariencia, como había dicho el patrón, no; sino porque era inteligente y calculador, y le gustaba enchilar al rival primero, testearlo pa que se diera cuenta del error que cometía al pensar que era gallina, y cuando ya lo tenía todo alebrestado, le jugaba la pelea que a él le convenía. Yo lo vi pelear a media talla, pegado al otro gallo pa no darle distancia, enyugado, metiéndosele al rival por debajo del ala pa darle luego en la cabeza, o de frente, en la mera pechuga, pero siempre enterrando la navaja hasta la botana, y jalando recio pa cortar noble y profundo. N’hombre, el patrón ya luego hasta lo besaba, verdad de Dios. Y nunca quiso prestarlo pa la cría, y mire que fueron muchos los que le ofrecieron sus buenos dineros con tal de mejorar la sangre de sus perchas. Aquí ha tenido un titipuchal de pollos, pero ninguno de sus hijos ha sacado lo que él fue, mi güero, así pasa... Y a todo esto, ¿pa qué tanta pregunta? ¿A poco le gustan los gallos? Es de que nomás lo veo que escribe y escribe en su cuadernito lo que yo le cuento, y pensé: “a lo mejor el güero de la Vizcaíno quiere ser gallero de grande”.



¿Cómo viaja el silencio?

GABRIELA ALEMÁN

Fue en un Encuentro Literario en el Quindío colombiano. La charla era sobre el rock en la literatura latinoamericana. Había tomado notas sobre “Las arañas de Marte” de Gustavo Espinosa, traía apuntes sobre el punk chileno en textos de Álvaro Bisama, referencias a José Agustín y Jorge Álvarez y los inicios del rock argentino. Alguna mención a Sal y Mileto en Ecuador. La sala era rara. Me tomó un tiempo darme cuenta por qué. Era un estudio de fotografía y tenía un

fondo infinito. La gente, sobre ese pulcrísimo blanco, parecía un enjambre de mosquitos. No sé por qué llevaba un saco rosado. Me lo quité. Olía a mota y a hormonas. De los audífonos de alguien en la primera fila escapaban los bajos de una batería. Había muchísimas luces y cámaras y adelante, en el centro, un chico con unas gafas enormes. Parecía Woody Allen, si Woody Allen hubiera sido musculoso y su nariz fuera un botón. Sus ojos no podían quedarse quietos. Dio dos toques a su micrófono y la bulla se acalló. Me miró, *ya hablaremos sobre rock, comencemos hablando del silencio*. Dijo, una sonrisita formándose en sus finísimos labios. El calor de las luces se escapó por un hueco en el suelo, mis notas volaron por una ventana imaginaria y los ojos de la sala me estaquillaron contra el infinito. Y, quién sabe de dónde, me habló Pedro Páramo: *Ahora estaba aquí, en este pueblo sin ruidos. Oía caer mis pisadas sobre las piedras redondas con que estaban empedradas las calles. Mis pisadas huecas, repitiendo su sonido en el eco de las paredes teñidas por el sol del atardecer [...] Al cruzar una bocacalle vi una señora envuelta en su rebozo que desapareció como si no existiera. Después volvieron a moverse mis pasos y mis ojos siguieron asomándose al agujero de las puertas. Hasta que nuevamente la mujer del rebozo se cruzó frente a mí [...] Si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces. De voces, sí. Y aquí, donde el aire era escaso, se oían mejor. Se quedaban dentro de uno, pesadas. Me acordé de lo que me había dicho mi madre. “Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz”*. Los finos labios gelatinosos se volvieron a mover, ¿Cuál es la novela más silenciosa de la literatura latinoamericana?, dijo mirándome. Con Rulfo de mi lado me largué, hasta que me callaron para preguntarme por algún cuento que hablara de rock.



Disculpa

ABRAHAM CRUZVILLEGAS

Entra Santiago Ramírez Sandoval a la librería del Instituto Nacional Indigenista y pide en préstamo domiciliario al bibliotecario el segundo tomo de *El México desconocido de Carl Lumboltz*, quien, taciturno, le dice:

—Lo siento, doctor, lo sigo leyendo... no estará disponible por algunos años.